

Dani RODRIK, *One Economics, Many Recipes*, Princeton University Press, Princeton, 2007, 280 pp.

El libro de Dani Rodrik constituye una crítica sólida a las estrategias de desarrollo recomendadas por las instituciones financieras internacionales, centradas a finales del siglo XX en lo que se llamó el Consenso de Washington. El autor repasa estas recomendaciones dividiéndolas en reformas de primera generación (liberalización, privatización, apertura comercial...) y reformas de segunda generación (que requerían una ambiciosa reforma institucional al darse cuenta los impulsores de las dificultades prácticas con las que chocaban las reformas iniciales). Las contrasta entonces con las recetas aplicadas por los países que más éxito han tenido en el pasado reciente con sus procesos de desarrollo, muy especialmente China y otros países asiáticos. Aunque los países exitosos tienen en común el respeto a ciertos principios razonables compartidos por los partidarios del Consenso de Washington (incentivos a la inversión privada, impulso a la economía de mercado, políticas monetarias y fiscales juiciosas, entre otros), se han alejado de las recetas concretas sugeridas por éstos, y han buscado una trayectoria propia de reformas, a menudo heterodoxas y siempre adaptadas a la realidad local. Se trata de una obra llena de sugerencias y ejemplos reales, que ofrece una visión coherente sobre estrategias de desarrollo, combinando argumentos sobre tres cuestiones interrelacionadas, que centran las tres partes diferenciadas en que se estructura el libro: crecimiento económico, instituciones y globalización.

El tratamiento es no matemático con algunas excepciones limitadas, pero su contenido está basado en aportaciones de vanguardia relevantes de la investigación académica reciente tanto teórica como empírica. En este sentido, puede concebirse como una síntesis argumentada (en una dirección general contraria a una actitud de *laissez-faire* en las estrategias de desarrollo) sobre el estado de la cuestión a mediados de la primera década del siglo XXI. El hecho de que el libro viera la luz justo antes de la crisis económico-financiera de 2008, en que los postulados antiintervencionistas que alimentaban el Consenso de Washington fueron sometidos a presión adicional, hace que la crítica de racionalización *ex post* que podría habersele hecho a Rodrik en algún momento, tenga en este caso menos fundamento.

El libro contiene tres ideas principales y algunas secundarias. Las ideas principales son las siguientes:

A. Una crítica al consenso de Washington, en el sentido de que éste no tiene en cuenta las realidades y restricciones propias de cada economía nacional, ni agota las posibilidades de actuación activa del Estado en una dirección de mejora del bienestar.

B. La valoración de que para impulsar procesos de crecimiento no hacen falta grandes paquetes de reformas institucionales (sino políticas públicas que desatasquen aquellas distorsiones que tienen un mayor impacto directo sobre el bienestar y el crecimiento), pero para sostener a largo plazo el crecimiento sí es preciso un marco institucional de calidad, donde sin embargo la función (proteger *de facto* ciertos derechos de propiedad, permitir el acceso a los mercados) no hace la forma (las formas institucionales concretas son malas viajeras).

C. La consideración de que las presiones que la globalización impone a las políticas democráticas nacionales sólo podrán superarse en el largo plazo con la creación de una democracia global, y que mientras ésta no llega debemos conformarnos con democracias nacionales que se someten de forma flexible a unos mercados crecientemente integrados.

Las ideas secundarias se refieren a la justificación de la política industrial (entendida como una política de intervención pública en los mercados que vaya más allá del respeto a los derechos de propiedad y los contratos); la metodología para diagnosticar estrategias de crecimiento basadas en las “restricciones activas”; el rol de la democracia como meta-institución que no es menos exitosa que las dictaduras en desatascar el crecimiento, y que sí que es más eficaz en mantener el crecimiento y el desarrollo a largo plazo (entrando en el debate sobre la relación entre democracia y crecimiento, pero sin explicar la “paradoja” del ya duradero despegue de una China no democrática); la primacía de las instituciones *versus* la geografía como determinante principal del crecimiento a largo plazo; y algunas reflexiones interesantes sobre las llamadas reformas de segunda generación, que a pesar de reconocer algunos inconvenientes en las recomendaciones iniciales del consenso de Washington, siguen cargando a los gobiernos reformistas con una agenda excesivamente ambiciosa.

El autor explota su profundo conocimiento respecto a las ideas secundarias para generalizar y llegar a las ideas principales, desarrolladas de forma más genérica que aquéllas. Pero aun así son las ideas principales las que dan sentido al libro, aunque de modo algo forzado, como se argumentará más adelante, al título.

Los capítulos sustanciales son el 1 y el 2 en la primera parte (crecimiento), el 4 en la segunda (instituciones) y el 7 en la tercera (globalización). Los otros capítulos son más casos particulares del argumento general o síntesis de cada una de las tres partes del libro.

El capítulo 1 presenta los hechos relevantes en los que se basan los desarrollos posteriores del libro. En primer lugar, se presenta una síntesis de lo que constituye el Consenso de Washington, tanto en su versión más elemental de las reformas de primera generación, como en su versión más sofisticada de las reformas de segunda generación. Y a continuación se presentan dos hechos incontestables: los alumnos aventajados de dicho consenso básicamente han fracasado en sus estrategias de desarrollo, muy especialmente gran parte de América Latina, y algunos países muy importantes que se han alejado de las prescripciones concretas de este consenso han tenido éxito en sus estrategias de desarrollo, muy especialmente los países asiáticos. El desarrollo funciona, pero la política de desarrollo no.

El capítulo 2 parte de la noción de que existe un capital político limitado para reconocer que es preciso desatascar el crecimiento abordando cuellos de botella, o restriccio-

nes activas, que lo bloquean, dado que no es posible solucionar todos los problemas de una economía a la vez. Una vez detectada la distorsión que genera un mayor impacto negativo directo sobre el bienestar (la restricción más activa), ya sea la falta de retorno de la inversión, la discrepancia entre retorno privado y retorno social, o la falta de financiación, debe invertirse capital político sólo en esta restricción en una primera fase.

El capítulo 4 aborda cuál debe ser la estrategia adecuada de política industrial (definida como el proceso de intervención pública que permite el desarrollo de una economía más allá de los sectores tradicionales). Esta estrategia parte de la base de que existen problemas de información y coordinación que impiden que las economías salgan de su atraso, y que por tanto la intervención pública debe centrarse en un proceso de aprendizaje que permita descubrir la estructura de costes de una economía para centrarse en aquellos sectores donde una mayor coordinación puede facilitar alcanzar rendimientos crecientes. En este sentido, las instituciones adecuadas deben facilitar mecanismos permanentes de interlocución entre el sector público y el sector privado (el autor cita los ejemplos de los países asiáticos y de Chile), sin caer en la captura de los agentes públicos por parte de intereses privados. En el proceso de aprendizaje que facilita la interlocución continua, los errores son útiles porque permiten aprender lecciones útiles, pero entonces surge la cuestión de cómo distinguir, entre los numerosos fallos de política industrial que se producen, aquellos que son valiosos porque aportan información de aquellos que tienen un coste excesivo para la sociedad.

El capítulo 7 plantea la existencia de un “trilema” imposible de sostener entre integración global de los mercados, democracia participativa y existencia de los estados nación. La integración de los mercados (todavía parcial según el autor) dificulta la práctica de la soberanía nacional democrática al someter a fuertes presiones las decisiones de los estados soberanos (que deben adaptarse a la restricción, por ejemplo, de competir por un capital móvil). A largo plazo el “trilema” puede desaparecer, por ejemplo, si desaparecen los estados nación y nos encaminamos hacia un federalismo democrático global de perfiles todavía inciertos. Mientras eso no llega, debemos conformarnos con estados nación a los que se debe conceder cierto margen de maniobra si se quiere mantener la democracia participativa.

Existe alguna contradicción entre capítulos: en el capítulo 4 se razona que es más importante entender la política industrial como un proceso de construcción de instituciones de autodescubrimiento y coordinación estratégica para encontrar las políticas adecuadas, que como una elección clara entre instrumentos; mientras que en los dos primeros capítulos se considera que para desatascar el proceso de crecimiento basta con realizar un diagnóstico de cuál es la restricción activa que frena el crecimiento, dejando para más adelante el desarrollo institucional. En este caso, sin embargo, no queda claro cuáles son las instituciones que permiten realizar de forma adecuada el diagnóstico inicial.

Se establece con solidez el argumento de que las reformas institucionales que conducen a un crecimiento duradero deben ser abordadas con un enfoque creativo y experimental. Pero la discusión contenida en el libro sobre instituciones es incompleta en el sentido de que se posiciona ampliamente respecto a la reciente literatura empírica sobre el impacto de las instituciones en el crecimiento económico (por ejemplo, respecto al uso del origen colonial de los países como instrumento econométrico de calidad institucional),

pero no se posiciona apenas sobre otro campo activo de investigación estrechamente relacionado, como es toda la investigación enmarcada en lo que se conoce como Nueva Economía Institucional (Douglass North, Ronald H. Coase, Oliver E. Williamson, Elinor Ostrom, entre otros autores).

Por lo demás, el contenido del libro no responde mucho a su sugerente título. “Muchas recetas y... ¿una sola ciencia económica?” sería un título perfecto para esta reseña. La relación entre el título y el contenido adolece de una asimetría: mientras que el autor justifica con creces la afirmación implícita de que existe una variedad de recetas para conseguir el desarrollo económico (siendo estas recetas básicamente ortogonales a las recomendaciones del consenso de Washington), no hace lo mismo con la segunda afirmación implícita en el título, en el sentido de que existe una sola economía o ciencia económica (*economics*) basada en la escuela neoclásica, compatible con una gran variedad de recetas. Rodrik ni propone una definición precisa de lo que es la escuela neoclásica (¿incluye ésta el análisis teórico y empírico del rol de las instituciones?, ¿incluye la teoría de juegos y en particular los juegos de coordinación?), ni justifica que ésta sea la única forma de aproximarse a la economía. La “única” ciencia económica de la que habla el autor queda claro al principio del libro que es la que él llama neoclásica, pero a lo largo del trabajo ésta parece definirse a veces a partir de postulados de comportamiento racional, a veces de una serie de principios generales (respeto a los derechos de propiedad, macroeconomía razonable, finanzas públicas saneadas, “*good economics*”...), a veces como ciertas reformas estructurales, a veces como teoría económica “convencional”. Aportaciones recientes (centradas en la economía conductual y evolutiva, sintetizadas por ejemplo en relación con la microeconomía walrasiana en los trabajos de Samuel Bowles), que han hallado un eco amplificado a raíz de la crisis financiera de 2008, definen con mayor precisión las fronteras de la economía neoclásica y, sin perder ni un ápice de la ambición científica y metodológica que ha caracterizado a los mejores economistas neoclásicos, tienden a considerar los supuestos de racionalidad y equilibrio propios de la escuela neoclásica como un caso muy especial, eso sí, muy bien conocido, pero que difícilmente puede explicar la mayoría de los fenómenos económicos. La necesidad de modestia entre los economistas es perentoria, acaso todavía mayor que la que ya profesa este buen libro.

FRANCESC TRILLAS